

tendido el guerrero de Cristo que le era necesario esgrimir la espada de las ciencias divinas y humanas para pelear con armas no inferiores á las de sus contrarios. El error debe impugnarse con la verdad; el falso saber, con la ciencia verdadera y sólida, y más en tiempos como los del protestantismo, en que era preciso reducir al silencio á los atrevidos dogmatizantes que, abusando de la general ignorancia, traían embaucados, con visos de sabiduría, á los incautos pueblos. Pequeña puede parecer esta victoria; mas, en las condiciones de Ignacio, fué tan grande que ha suspendido de admiración á cuantos atentamente la consideraron. Pero, aparte del mérito propio de este triunfo, ocasión de tantos otros cuantas fueron las almas que convirtió Ignacio durante la carrera de sus estudios: ¿quién no ve la trascendencia inmensa de esta etapa de la vida de nuestro Santo? «Éste fué, dice un célebre biógrafo<sup>1</sup>, el fundamento de toda la ciencia de la Compañía de Jesús; estas letras humildísimas puso Dios por cimiento del templo altísimo de la sabiduría que fabricó en esta sagrada religión.» Pero esto me lleva á considerar á Ignacio como capitán de Cristo, que, no contento con el puesto de simple soldado, por más que él solo valiese un ejército, reúne en torno suyo compañeros de armas para salir al encuentro de los enemigos de la Iglesia al frente de una nueva compañía.

## II.

II. Nadie debe presumir de poder medir sus fuerzas ventajosamente en pública lucha con los enemigos exteriores, si antes no ha vencido, como Ignacio, en secretos combates á los enemigos interiores de la salva-

<sup>1</sup> *García* l. c. lib. 2, cap. 4.

ción. No será jamás legítimo paladín de la causa de Dios y de la Iglesia quien no estuviere muy ejercitado en el vencimiento de sí mismo. Por esta razón no asocia el experto Loyola á su escogida compañía militante sino á varones avezados á esta clase de lides espirituales, y, como dice Julio III<sup>1</sup>, «á hombres que habían renunciado á todos los deleites del siglo, y dedicado sus vidas al servicio perpetuo de nuestro Señor Jesucristo y de la Iglesia». Tales fueron Fabro, Javier, Laynez, y los demás compañeros que escogió Ignacio en la célebre universidad de París, y á quienes de lleno infundió su espíritu con sus pensamientos y proyectos, disciplinándolos perfectamente en la palestra de los santos ejercicios. Rodeado de tan bizarros conmlitones se presenta en Roma, asegurado milagrosamente del favor divino, para fundar allí, en la roca del Vaticano la orden militar trazada de antemano en la cripta de Santa María de Montmartre. Allí, á la vista del Romano Pontífice, de quien serán los guardias de corps, ensayan juntos sus bien templadas armas, dándose á las faenas del apostolado, antes de abrir la gran campaña que ha de tener por teatro el mundo entero, y por duración toda la serie de los siglos. «Ejercítanse, según el testimonio del citado Pontífice, en predicar la palabra de Dios y exhortar á los fieles con santas meditaciones á vida honesta y loable, en servir á los pobres en los hospitales, y enseñar á los niños é ignorantes la doctrina cristiana con las cosas necesarias para la salud eterna, y, finalmente, en todos los oficios de caridad que sirven para la edificación de las almas.» Distribúyense para el trabajo las principales ciudades de Italia, re-

<sup>1</sup> Bulla confirm. Soc. Iesu.

cogen en todas ellas copioso fruto con admiración del mundo que ve aquella manera de vida tan nueva y tan conforme á la verdad evangélica...y el jefe de todo aquel movimiento es Ignacio que los dirige con el consejo y el ejemplo. Entonces, finalmente, á la voz del gran Pontífice Paulo III que exclama: *Digitus Dei est hic*; aparece, robusta ya en su misma cuna, dispuesta á extender por las cuatro partes del orbe conocido sus conquistas, la que se llamó *Minima Compañía de Jesús*.

12. No en vano lleva esta denominación, no para enorgullecerse, sino para tener siempre presente su espíritu. *Compañía* es, no sociedad; *de Jesús*, que no de Ignacio; *mínima*, porque, como ha venido la última de todas, debe ocupar el ínfimo lugar entre los aguerridos escuadrones de la Iglesia. Todo en ella respira genio militar. Oíd cómo se describe ella misma por boca de sus primeros fundadores: «Cualquiera que en esta compañía pretende asentar debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo...»<sup>1</sup> ¡Ahí la tenéis amparada del pabellón de la cruz, agrupada en derredor de la real bandera del sumo Capitán Jesús! Es un puñado de valientes, resueltos á defender esa bandera, á costa de su sangre, hasta el postrer aliento. ¿Cuál es el fin que se proponen? Dícenlo ellos claramente: «Servir á sola su divina Majestad y á su Esposa la santa Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra... Defender y dilatar la santa fe católica, ayudar á las almas en la vida y doctrina cristiana, socorrer y servir con obras de caridad á los menesterosos, según que juzgásemos ser necesario para la gloria de Dios y el bien universal.» Y aunque, como dice el Apóstol, *ningún*

<sup>1</sup> Bulla confirm. Soc. Jesu Pauli III.

*soldado milita jamás sin estipendio*<sup>1</sup>, nuestros generosos soldados protestan que «todo lo han de hacer graciosamente, sin esperar ninguna humana paga ni salario por su trabajo»<sup>2</sup>.

13. Inútil es decir cuán á punto llegaba este refuerzo de tropas ligeras á engrosar las numerosas huestes de la militante Iglesia, entonces, más que nunca, combatida acérrimamente en toda la línea de batalla por los poderes infernales coligados para acabar, si posible fuera, con el reino de Cristo. Ninguno de vosotros ignora cuál era la situación del cristianismo, entrado ya el siglo XVI, siglo de agitación moral, política y religiosa. Incendiado veíase el campo del Señor, y reducido á escombros en gran parte el sagrado edificio de la religión. Alemania y los países del norte de Europa, devastados por el fanatismo de los sectarios de Lutero; Inglaterra, rebelada contra la autoridad de la Sede Apostólica, precipitándose en el cisma y la herejía; Francia y Suiza, trastornadas y revueltas con los monstruosos errores de Calvino y Zuinglio; Italia misma, España y las otras naciones católicas, amenazadas muy de cerca del contagio de las doctrinas heréticas; finalmente, el mundo entero, contaminado con tantos vicios y tan espantosa relajación de costumbres, que parecía inevitable la ruina universal de la santa fe católica. ¡Espectáculo aterrador que hacía temblar á los celosos pastores de la Iglesia, mientras alzaban sus clamores al cielo todas las almas piadosas! Entre tanto la América y el Asia descubrían nuevos y dilatadísimos campos dispuestos á recibir el grano de la predicación evangélica. Mas ¿quién podía atender á nuevas conquistas, cuando á duras pe-

<sup>1</sup> I Cor. 9, 7.

<sup>2</sup> Ubi supra.

nas se lograba conservar y defender las antiguas posesiones? Era, pues, necesario que la Iglesia sostuviese á la vez dos guerras, defensiva y ofensiva: aquélla, contra los enemigos que la atacaban en el viejo mundo; y ésta, contra las potestades del infierno que ocupaban hasta entonces pacíficamente las vastas regiones del nuevo continente. Ignacio, el grande Ignacio, al frente de su compañía de voluntarios, ardía por salir á la defensa de la Iglesia, y hasta soñaba con efectuar grandes conquistas, con solos diez soldados, en el mundo entero, entre católicos, herejes y gentiles. ¡Oh alma heroica, mayor que el universo!<sup>1</sup>

14. Y ¿creeréis, hermanos míos, que el sueño de Ignacio se convirtió muy presto en realidad! No hay que admirarse, porque «la mano del Señor no está abreviada»<sup>2</sup>. Ignacio no pudo menos de exclamar: *Dextera Domini fecit virtutem: dextera Domini exaltavit me*<sup>3</sup>, al ver el maravilloso desarrollo de su pensamiento por medio de sus hijos. Al morir en 1556, dejaba su Orden dividida en doce provincias con cien casas ó colegios: los diez socios se habían convertido en más de mil. Imposible me sería bosquejar aquí el cuadro de las empresas, al parecer increíbles, realizadas en el mundo por esta compañía transformada en invencible batallón, durante los tres siglos y medio que cuenta de existencia, en los que, como dice un imparcial historiador<sup>4</sup>, «su historia se identifica con la de la gran reacción católica» iniciada con el concilio de Trento. No es tampoco mi intento hacer el elogio, tantas veces repetido en este mismo lugar por voces más autori-

<sup>1</sup> Gerens animum mundo majorem (*Greg. XV.*).

<sup>2</sup> Is. 59, 1.

<sup>3</sup> Ps. 117, 16.

<sup>4</sup> Macaulay.

zadas, de la esclarecida Orden de que me reconozco indigno miembro, de esa célebre Compañía cuyo mejor elogio no se sabe si es el odio de los malos ó el amor de los buenos. Para enaltecer el nombre de su Fundador bástame presentarle siempre á la cabeza de su Compañía, siendo cosa indiscutible que las glorias del ejército pertenecen al jefe que lo guía á la victoria. La Compañía cede gustosa todos sus lauros á su padre y capitán, sin cuya dirección nada ha hecho jamás, no sólo cuando el Santo vivía en la tierra dirigiendo desde su atalaya de Roma todos los movimientos de sus soldados, pero aun después que desde lo alto de los cielos contempla, escuda y anima á sus guerreros, haciéndolos fuertes con la admirable disciplina de sus constituciones.

15. ¡Oh! ¡las constituciones escritas por la pluma inspirada del santo Fundador! He ahí, no solamente el monumento de su celestial sabiduría, sino también la mayor de las glorias de este Capitán de Cristo, escogido para llevar el nombre de Jesús hasta los últimos confines de la tierra. Sí, cristianos: por las constituciones, aun no escritas, se formó la Compañía, por ellas se desarrolló prodigiosamente, por ellas se conservó sin decadencia hasta que plugo á Dios dar tregua á sus fatigas por algunos años, y por ellas renació de sus propias cenizas á principios de este siglo, y se siente á fines de él tan perfectamente organizada y vigorosa como en los postreros años de su siglo de oro. ¡Bendita sea la virtud prodigiosa encerrada en esas famosas constituciones, que los mismos enemigos de la Iglesia han querido contrahacer y remedar para muy distintos fines! Todo en vano; porque, si bien han podido robarles la letra, no han podido adueñarse de su

espíritu; y *Spiritus est qui vivificat*<sup>1</sup>. Y ¿en dónde está ese espíritu vivificador? Allí lo tenéis, en esas cuatro letras escritas en la primera página del libro que Ignacio lleva entre sus manos, radiantes en los pliegues del pabellón que empuña: A. M. D. G.<sup>2</sup> Todo consiste en que no hay nada en las constituciones que no se ordene y acomode al alto fin de la gloria del Señor<sup>3</sup>. Si otra cosa que esta gloria hubiera buscado el santo autor de las constituciones, su obra habría corrido la suerte de todas las obras de los hombres, hijas de la ambición, del cálculo, de mal disfrazadas pasiones. Sólo la gloria de Dios es eterna; y cuanto de ella emana, ó á ella se endereza, participa de su eternidad. Por eso dura y durará eternamente la Iglesia de Cristo, trono gigantesco de la gloria del Altísimo; y la Compañía deberá su duración á su inviolable adhesión á esa Iglesia para cuya defensa nació, y á cuyo reposo sacrificó también su vida. De ella la recobró no muy tarde: de ella la recibe el día de hoy. Á su servicio la consagra con todas sus fuerzas: ¡perezca más bien que dejar de servir á la gloria de Dios y á la causa de la Iglesia!

16. He aquí, pues, que Ignacio vive y vivirá en su obra. Si hoy ésta se levanta en actitud de gigante para luchar á brazo partido con los nuevos monstruos que vomita el infierno en este siglo, con la incredulidad y el ateísmo, la falsa ciencia y las falsas libertades; si hoy se esfuerza, por medio de sus hijos, en contener siquiera los progresos del vicio y del error, esperando que sea más apacible la luz del siglo venidero, Ignacio

<sup>1</sup> Io. 6, 64.

<sup>2</sup> Ad maiorem Dei gloriam.

<sup>3</sup> Procem. Constit. Soc. Iesu.

es siempre el mismo, el Capitán de Cristo, que no buscó en su vida ni busca hoy otra cosa que la gloria de aquel Dios á quien ya contempla cara á cara. Peleó como bueno, acaudillando un ejército de bravos; y ahora rodeado de más de cincuenta mil hijos suyos que comparten su gloria y su bienaventuranza, ciñe la corona de justicia<sup>1</sup> prometida, no sólo á él, sino á cuantos participaren de su espíritu. *¡Á solo Dios honor y gloria perdurable por siglos de siglos! Amén*<sup>2</sup>.

## PRIMER PANEGÍRICO DE SAN JUAN DE DIOS

(predicado en su iglesia, en Bogotá, marzo de 1895).

### Juan fué todo de Dios.

Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.

Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan.

Io. 1, 6.

1. ¡Por cuán diversas sendas buscan los hombres la vanidad de la gloria y tratan de escalar las cumbres del aplauso popular! Mientras los unos cifran toda su grandeza en llevar, tal vez indignamente, un nombre ilustre, pagados de pertenecer á un árbol genealógico de antiguas raíces y frondosas ramas; los otros, que nada deben á la suerte ni á la historia, se lanzan, con mejor consejo, por las anchas vías del trabajo y de la industria personal en busca de la ansiada popularidad, como el audaz guerrero á los campos de batalla, ansioso de recoger entre charcos de sangre espléndidos laureles. Quiénes se consagran al cultivo de las ciencias,

<sup>1</sup> 2 Tim. 4, 8.

<sup>2</sup> 1 Tim. 1, 17.